



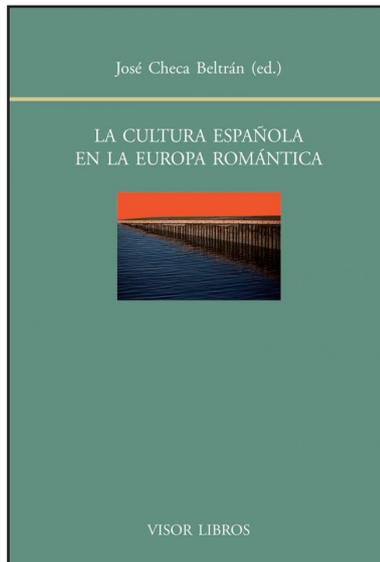
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 21 (2015)

José CHECA BELTRÁN (ed.) (2015), *La cultura española en la Europa romántica*, Madrid, Visor, Biblioteca Filológica Hispánica 160, 289 pp.



Uno de los temas que más ha atraído la atención de la crítica contemporánea ha sido el de la imagen internacional de España —y su cultura y literatura— desde los siglos XVI al XIX, centrándose especialmente en el problema de la Leyenda Negra y en el cambio desde esta percepción a la no menos estereotipada de la España romántica (Torrecilla, 2004). De hecho, el tema de la imagen de España, habitual en la historiografía, comienza a calar en los estudios de historia de la literatura, campo que ha producido diversos trabajos al respecto en los últimos años y que presenta varios estudios y proyectos de investigación en curso.

Entre los productos más acabados se deben contar los dos volúmenes que José Checa Beltrán ha dedicado a explorar el tema en la época ilustrada y romántica (Checa Beltrán, 2012; 2014), al que ahora debe añadirse el que estamos reseñando, el excelente *La cultura española en la Europa romántica*, que contribuye a explorar la hipótesis que el erudito giennense sostiene a lo largo de estos tres libros. Esta idea es que para abarcar la imagen que se tenía de España en la Europa de los siglos XVIII y XIX no podemos limitarnos a la Leyenda Negra, ni siquiera a su contrapartida positiva de la España romántica, pues en muchos círculos extranjeros existían visiones favorables e incluso muy complejas y matizadas de nuestro país. Adelantemos ya

que Checa demuestra con solvencia, numerosos datos, estilo transparente y un impresionante elenco de investigadores, esta teoría. Pero también que los libros de Checa no eliminan —no pretenden eliminar— el valor de categorías como la Leyenda Negra o la España romántica, probablemente dominantes en este periodo, aunque a la vista de los estudios de Checa se echa de menos un trabajo que cuantifique la extensión de estos estereotipos y confirme esta opinión, que consideramos la más extendida entre los estudiosos.

El libro de Checa se abre con una útil y clara «Presentación» que contextualiza el volumen en el proyecto de investigación del editor y que avanza el panorama teórico que inspiró el libro y que acabamos de exponer. A él cabe añadir una reflexión muy interesante que explica la aportación de este volumen con respecto a los dos anteriores: Checa considera que durante el siglo XVIII existió un canon neoclásico cerrado basado en un sistema clasicista, universalista y francocéntrico, pero que el historicismo y relativismo romántico fomentó un cambio de modelo estético que resultó en un canon mucho más disputado y diverso, fenómeno que favoreció la entrada en el mismo de la producción cultural hispana.

Tras esta necesaria introducción, el volumen presenta cuatro utilísimos artículos acerca de la imagen de España en Francia, el de Maud Le Guellec («Lo que dicen los franceses de los españoles (1793-1813): notas sobre los límites de una representación nacional»), el de Nathalie Bittoun-Debruyne («Rehuyendo los tópicos: el *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* (1806-1820), de Alexandre de Laborde»), el del propio Checa («Recepción del legado literario español en la prensa francesa (1800-1823)») y el de Frédéric Prot («El “colorido español”: captación y asimilación de la gramática musical española en la Francia romántica»). El estudio de Le Guellec es una muy buena pieza para abrir el libro, porque en su estudio de las representaciones de España durante esta época de alternativas guerras (de la Convención, de la Independencia) y alianzas entre España y Francia se percibe la inestabilidad y ambigüedad de los estereotipos nacionales. Así, nos parecen esenciales las reflexiones de Le Guellec sobre la sistematicidad de los estereotipos, que significan por oposición a los atribuidos a un pueblo vecino, sobre estos estereotipos como una especie de acervo al que recurre la propaganda bélica, o sobre la necesidad de analizarlos sin preocuparse de su relación con la realidad, problema sobre el que volveremos abajo. También es interesante el corpus usado, que incluye propaganda bélica francesa que, que sepamos, no ha sido analizada todavía. Sin embargo, no estamos de acuerdo con la idea de que, en tiempos de paz entre España y Francia, los prejuicios negativos se desplacen y se atribuyan a otras naciones (los portugueses). Más bien, diríamos que el sistema de estereotipos subsiste incluso durante estos periodos, durante los cuales los franceses buscan interpretaciones positivas del supuesto carácter nacional español y desactivan las negativas, mientras aplican a otros países sus respectivos sistemas de estereotipos, que en alguna de sus manifestaciones (cobardía, crueldad) pueden coincidir con los españoles.

En cuanto a Bittoun-Debruyne, tiene también el mérito de presentar un objeto de trabajo novedoso y fecundo, el célebre *Voyage pittoresque* de Laborde, que la autora contextualiza con minuciosidad y luego contrasta con otras representaciones de España que considera más estereotipadas. Caemos, pues, aquí en uno de los grandes peligros que deben evitar siempre los estudios imagológicos —pues de esto se trata, aunque los autores del volumen no manejen esta teoría—: contrastar los estereotipos con la realidad y comparar unos con otros, clasificándolos según su grado de realismo. Más útil habría sido simplemente dilucidar qué sistema de estereotipos usa Laborde y en qué se aparta de otras representaciones basadas en sistemas diferentes. De hecho, algunas de las premisas de Laborde son evidentes en el libro —el orientalismo, por ejemplo—, y no podemos dudar que los grabados que contiene son a la vez distorsiones «pintorescas» de la realidad

y fuentes de información costumbrista y un tanto novelesca. Vea para más información el curioso lector los dedicados a las ruinas de Mérida.

En cuanto a Checa, continúa en su artículo el trabajo de su libro de 2014, observando cómo las representaciones de España en la prensa francesa de entre 1800 y 1823 fueron influidas por los avatares de la política internacional. En este corpus, Checa encuentra representaciones sorprendentemente favorables y alejadas de los sistemas de estereotipos habituales, como la que le concede a la lengua española la capacidad de expresión lógica, y no simplemente sentimental. También es notable el reconocimiento de los avances culturales de España, juicio en el que los franceses se ven influidos por la nueva estética romántica, relativista e historicista y por tanto más abierta a la diversidad (y al gusto no clásico) que la opinión dominante en el siglo anterior.

Prot contribuye al volumen con uno de los artículos más finos, en que examina la prensa francesa del momento para dilucidar qué era para los autores de estos textos el «colorido español» en la música. Prot localiza varios elementos más o menos objetivos —el predominio del «modo menor», la escala frigia y el compás ternario—, pero también un sistema de estereotipos fascinante que se caracteriza por un exotismo asimilable —en tanto que extraño pero comprensible (por europeo)— y, curiosamente, por la analogía con el caso ruso. Musicalmente, España les brinda a los románticos franceses una vía de escape de la tiranía de la tónica y la dominante de las tradiciones italiana y alemana. Fue una vía que aprovecharon los españoles que visitaban Francia para agradar al público complaciéndose en una «recreación auto-exotizadora» que consistía en aceptar la visión del carácter nacional que tenían los franceses.

Tras estos artículos dedicados a Francia, encontramos tres sobre la visión de nuestro país en Inglaterra: los de Jesús Pérez Magallón («El *Quijote*, ¿un libro inglés? Calas en la recepción inglesa del *Quijote*»), Pedro Javier Pardo García («Viajeros quijotescos y viajes cervantinos en las letras británicas») y Alfredo Moro y Adrián J. Sáez («Calderón en Inglaterra (siglos XVII-XIX): historia y razones de un silencio»). El primero contiene muchos elementos —y párrafos— de su reciente libro (Pérez Magallón, 2015), con el que comparte virtudes y defectos. Entre los últimos destaca un lenguaje a veces poco transparente y proclive a las metáforas pintorescas —por su anglicismo—, como «se expande como un champiñón salvaje» (p. 112), así como a algunas afirmaciones que resultan muy interesantes pero que Pérez Magallón no llega a demostrar. Por poner algunos ejemplos, Pérez Magallón propone (pero no demuestra) que la recepción del *Quijote* se ve afectada por la geopolítica (sin duda, pero Pérez Magallón no explica cómo) o que no hay ruptura, sino continuidad, entre neoclasicismo y romanticismo (aquí la diferencia es más bien de matiz, aunque la ruptura entre la estética universal neoclásica y el historicismo romántico nos parece clara). Sin embargo, estos defectos no estragan el resultado del trabajo, inteligente y novedoso: Pérez Magallón propone matizar la tesis de Anthony Close (1977) mostrando que en Inglaterra el *Quijote* no se leyó generalmente de modo romántico hasta por lo menos la segunda mitad del siglo XIX, y explicando que lo que destaca hasta ese momento es más bien el intento de apropiación del libro de Cervantes por parte de los ingleses.

También estudia la recepción del *Quijote* el artículo de Pardo García, que se centra en la literatura de viajes para identificar un tipo de viajero literario y quijotesco que debe mucho a la idea de Don Quijote como personaje admirable que propuso, ya en 1742, el *Joseph Andrews* de Fielding. Pardo García muestra la versatilidad del personaje cervantino en las letras inglesas mediante un fino análisis de un corpus amplísimo que va desde el siglo XVIII hasta nuestros días. En él destaca la definición de viajero quijotesco que propone Pardo García: un viajero guiado por una idea preconcebida sacada de diversos

libros, entre ellos *Don Quijote*, y que puede adoptar, con respecto al paisaje que observa, una distancia estética.

En cuanto al artículo de Moro Martín y Sáez, se ocupa de la recepción de Calderón en Inglaterra en un lapso igualmente amplísimo (siglos xvii-xix), extensión que convierte el trabajo en una importante fuente de información de obras inglesas con rastros calderonianos. Además, el artículo presenta conclusiones de envergadura que obligan a replantearse la tradicional confrontación entre Calderón y Shakespeare. Una es el hecho de que Calderón llegara a Inglaterra durante los siglos xvii y xviii a través de traducciones francesas que ya habían adaptado las obras del madrileño al gusto clasicista francés, es decir, a través de una considerable mediación. Y otra es el hecho de que los románticos buscaran en Calderón su extravagancia y extrañeza, que muchas veces, sin embargo, dificultó su integración en el canon inglés, pues se consideraba que su cosmovisión católica no podía ser comprendida por el público.

Los trabajos dedicados a Alemania son dos, el de Francisco Uzcanga Meinecke («Sobre la recepción de la literatura y la historia españolas en Heinrich Heine: la tragedia morisca *Almansor* (1823)») y el de Ignacio Ahumada y Amila Jelovac («La recepción de la ciencia española en lengua alemana a través de ediciones en francés»). El primero es uno de los mejores del volumen por la profundidad de sus reflexiones y por la cantidad de información que aporta sobre el contexto de Heine y su relación con España. En cuanto a las primeras, destaca la exploración del cambio entre la imagen de la Leyenda Negra, la dominante en Alemania hasta tiempos de Herder, y la romántica. Uzcanga Meinecke examina cómo Heine se separa de ambas analizando *Almansor* a la luz de las reflexiones que el poeta hizo en *Die Romantik*. Estas revelan que Heine intentaba construir una síntesis de clasicismo y romanticismo que lo alejara de las versiones habituales del romanticismo, influenciadas por una teutomanía con la que el autor, de origen judío, no se sentía identificado. Además, Uzcanga Meinecke explica que el romanticismo medievalizante habitual en la Alemania del momento se alejaba de las ideas políticas progresistas de Heine, ideas que el autor dejó deslizar en el *Almansor* con referencias al levantamiento de Riego que se le escaparon a la censura del momento. También resulta muy valioso el artículo de Ahumada y Jelovac, que estudia un campo tan fructífero y virgen como la recepción de la ciencia española en la Alemania de finales del xviii y comienzos del xix. Es una tarea que llevan a cabo los autores con un impresionante catálogo comentado en el que destacan cómo la ciencia española llegó a Alemania mediada por la lengua científica de la época, el francés.

Por último, encontramos en el libro un artículo dedicado al caso italiano, el de Iole Scamuzzi sobre Manzoni («Literatura áurea y leyenda negra: el intertexto ibérico entre *Fermo e Lucia* y *Los novios*») y dos artículos generales, los de Miguel Ángel Lama («Versos españoles en la Europa poética del primer tercio del siglo xix: la poesía española en antologías extranjeras») y Rosa María Aradra Sánchez («Miradas literarias desde el exilio español (1813-1833)»). Scamuzzi se centra en uno de los textos que más ha difundido en la Italia contemporánea una visión negativa de España y la dominación española, *Los novios*. Scamuzzi lo estudia en sus diferentes redacciones —o P. S.— observando cómo Manzoni ocultó la notable influencia cervantina por no reconocer la deuda con una cultura que denigraba en el libro. En cuanto a Lama, presenta una herramienta utilísima que, no dudamos, dará notables frutos en trabajos futuros: un catálogo comentado de la presencia de poesía española en antologías desde 1808 a 1833, años especialmente interesantes porque muchos de los volúmenes que estudia Lama fueron publicados en el extranjero (a veces obra de exiliados o para enseñar la lengua española), muchas veces para tratar de corregir lo que los españoles percibían como una imagen distorsionada de su país.

Aparecen magistralmente analizadas en este artículo antologías tan influyentes como la de Quintana o Mendíbil, que también comenta en menor profundidad Aradra Sánchez, que examina en su artículo cómo los exiliados españoles percibieron la imagen patria, tema que aporta un ángulo nuevo al clásico estudio de Llorens (1979).

En suma, *La cultura española en la Europa romántica* es un libro impresionante y fundamental, con instrumentos de referencia de enorme valor (los artículos de Moro y Sáez o Lama) y reflexiones profundísimas que aportan muchísimo a los trabajos sobre imago-logía que tanto han avanzado en los últimos años. La contribución de Checa Beltrán a nuestro conocimiento de la literatura española de la Ilustración y Romanticismo, y ahora de la imagen de nuestro país en Europa en estos años, es valiosísima y de esencial consulta para cualquier experto en la literatura de esta época o cualquier interesado en el tema de la Leyenda Negra.

OBRAS CITADAS:

- CHECA BELTRÁN, José (2012), *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada*, Madrid, Iberoamericana.
- (2014), *Demonio y modelo. Dos visiones del legado español en la Francia ilustrada*, Madrid, Casa de Velázquez.
- CLOSE, Anthony (1977), *The Romantic Approach to Don Quixote*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LLORENS, Vicente (1979), *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia.
- PÉREZ MAGALLÓN, Jesús (2015), *Cervantes, monumento de la nación: problemas de identidad y cultura*, Madrid, Cátedra.
- TORRECILLA, Jesús (2004), *España exótica. La formación de la imagen española moderna*, Boulder, Society of Spanish and Spanish-American Studies.

Antonio SÁNCHEZ JIMÉNEZ